

El Mediterráneo y la Biblia

Luis ALONSO SCHÖKEL

Es costumbre en conciertos sinfónicos, antes de la sinfonía o el concierto, interpretar una pieza breve: una obertura de *Fidelio* o *Leonora*, de la *Flauta Mágica* o algo parecido. Para los presentes, un aperitivo ligero y apetitoso; para los rezagados, la seguridad de llegar a tiempo para escuchar la sinfonía romántica de Bruckner o el concierto en la de Schumann.

Así me imagino mi intervención, al inaugurar este congreso. Ante los puntuales y mientras llegan los demás, algo entretenido y sin pretensiones; aunque no haya un *Fidelio* disfrazado de *Leonora* ni discurra una fuga encantadora. Sencillamente y en panorámica, «descubrir el Mediterráneo»... en la Biblia. Después vendrá lo que importa, cuando actúen los solistas y los seminarios de cámara y el pleno orquestal de la asamblea.

1. Peces

Empiezo con los últimos versos del Salmo 8:

Ovejas y toros en masa, también las bestias salvajes,
aves del aire, peces del mar, que trazan sendas por el mar.

Me llama la atención la asimetría final: ¿por qué esa atención particular a los peces, no otorgada a bestias ni aves del cielo? Una respuesta baladí es que el poeta tenía que rellenar la medida. Respuesta que no responde, porque pudo llenarla enfocando el vuelo de las aves. El análisis poético no puede conformarse con ese tipo de respuestas.

También en los salmos 96 y 98 se lleva especial atención el mar: «Alégrese los cielos, goce la tierra, retumbe el mar y cuanto contiene / cuanto lo puebla»; algo diverso el Salmo 148,7 (corregido): «Alabad al Señor desde la tierra, cetáceos de todos los océanos». El autor del salmo 8 se ha queda-

do absorto contemplando los peces del mar: su número y variedad, esas sendas que tejen y destejen sin fijarlas en un tejido consistente. ¿Qué sucedería si hicieran camino al nadar? Qué diversos de los humanos los viajes de los peces «que trazan sendas en el mar».

La mirada es contemplativa, no utilitaria. El dominio genesíaco del hombre sobre los peces se cumple aquí en una mirada absorta, en un asomarse desde tierra al misterio acuático. Existe un indudable parentesco entre este salmo y el primer capítulo del Génesis: «Bullan las aguas con un bullir de vivientes». La tensión entre actividad y contemplación, que gobierna el salmo 104, de la naturaleza y el Creador, la ha expresado o tematizado con otra sensibilidad Antonio Machado en su colección de *Proverbios y cantares*. Suena así:

<p>Hay dos modos de conciencia: una es luz y otra, paciencia. Una estriba en alumbrar un poquito el hondo mar; otra, en hacer penitencia con caña o red, y esperar el pez, como pescador. Dime tú: ¿cuál es mejor?</p>	<p>¿Conciencia de visionario que mira en el hondo acuario peces vivos, fugitivos, que no se pueden pescar, o esa maldita faena de ir arrojando a la arena, muertos, los peces del mar.</p>
---	---

Esos peces fugitivos que el poeta bíblico contempla tejiendo y destejiendo sus sendas en el mar.

Otro poeta bíblico (Sal 104), después de contemplar la multitud, selecciona un solo pez, al que llama Leviatán. No temible y monstruoso, sino juguetón, como un delfín: que retoza en el mar o con el que hace deporte Dios (según la interpretación del pronombre).

Ahí está el mar: ancho y dilatado,
en él bullen sin número
animales pequeños y grandes...
... y el Leviatán
que hiciste para jugar con él./ para que juegue en él

Me he saltado un sintagma, a propósito, no por descuido o manipulación. Es que el breve sintagma me traslada a otra contemplación.

2. Naves

Ese mar de los dos poetas no es el levantisco y caótico Tiamat, ni el niño «ímpetuoso» de Job (38,8-11), no es el Apsu bienhechor, «acostado en lo

hondo» (Gn 49,25), que empuja su agua dulce y vivificante hasta la boca de fuentes y manantiales (Dt 8,7). Es la «masa de aguas» neutrales, a la que Dios impuso el nombre de mar (Gn 9-10).

El hombre que huella la tierra y transita por ella, que la labra y sobre ella construye, ¿podrá un día dominar el elemento ajeno?, ¿el mar sin consistencia e infértil? Un poeta contempla a Dios atravesando el Mar Rojo, «y no quedaba rastro de tus huellas» (Sal 77,20); otro poeta dice que «camina sobre el dorso del mar» (Job 9,8). Un escritor visionario (de teología-ficción) contempla un ángel gigantesco que planta un pie sobre la tierra y otro sobre el mar, en gesto de dominio (Ap 10,2). Frente a Dios y el ángel ¿qué puede hacer ese ser terrestre que es el hombre?

Con una punta de admiración lo dice el poeta del salmo 104: «lo surcan las naves». Un comentarista reciente defiende con buenas razones el origen fenicio de dicho salmo. Siglos más tarde lo explicará un autor influido por la mentalidad griega de navegantes:

Otros, al hacerse a la mar,
dispuestos a atravesar las encrespadas olas
... la embarcación que los transporta
la proyectó el afán de lucro y la armó la pericia técnica.

El *homo faber*, imaginativo, audaz, domina el elemento ajeno y se convierte en navegante: «navegar es necesario, vivir no es necesario». Por eso el nuevo contemplador, después de observar los peces, se fija en naves que trazan sendas en el mar. La audacia puede costar cara, mas no por eso el hombre se arredra. Un día cantará los peligros y la liberación:

Se adentraron en naves por el mar,
comerciendo por la extensión del océano.
Contemplaban las obras de Dios,
sus maravillas en alta mar.
Mandó alzarse un viento tormentoso
que hinchaba el oleaje.
Subían a los cielos, bajaban al abismo,
el estómago revuelto por el mareo.
Rodaban y se tambaleaban como ebrios
y no les valía su pericia
Pero gritaron al Señor en su angustia
y los libró de la tribulación.
Apaciguó la tormenta en suave brisa
y enmudeció el oleaje.
Se alegraron de aquella bonanza,
y los condujo al ansiado puerto.

El texto habla del comercio, no de la pesca; sorprende a los mercaderes «contemplando» peces vivos, fugitivos, «maravillas de Dios». Hasta que se precipita la tormenta.

Estos poetas han implicado a Dios en la navegación. El salmo 107 presenta al Señor como dueño de los elementos: desata la tormenta y apacigua el viento. El griego dice que «es tu providencia quien la pilota, Padre». No está mal: el Dios labrador y padre de familia del salmo 65, el pastor del salmo 23, el arquitecto de Is 62,5, es ahora padre, capitán y piloto de navegantes. Sabe de oficios.

En su gran himno a la creación canta el Eclesiástico (43,23-25):

Su sabiduría domeña el océano
y planta islas en el mar:
los navegantes describen su extensión
y al oírlos nos asombramos;
en él hay criaturas extrañas
y toda especie de monstruos marinos.

3. Mercancías

Si tal es el designio de Dios y la proeza del hombre, ¿por qué algunos profetas se indignan, se ensañan contra los grandes navegantes del Mediterráneo en su época: los fenicios? ¿Qué rincón de nuestra cuenca marítima no fue hollado por los fenicios? ¿Dónde no establecieron colonias? Los españoles sabemos bastante de ellos: Málaga = *malaca, la reina*, Cádiz = *gader, la cercada*, Benicasim, Benidorm, Barkino. Otra mirada admirativa se merecían, la de un poeta que contemplase cómo las naves fenicias «trazan sendas en el mar». Sin armas ni poderío militar, aunque acompañados de destacamentos de apoyo (Ez 27,10), con talante y talento de mercaderes tejieron y destejieron sendas comerciales por el mar. Antes de los romanos pudieron llamarlo en su lengua *Mare nostrum*. ¿Por qué ni Isaías ni Ezequiel lo reconocen?

Especialmente Ezequiel. Concentra su artillería profética sobre Tiro, capital del imperio. Señalemos brevemente algunos textos. En el capítulo 26 la acusa de imperialismo agresor, anuncia el asalto de Nabucodonosor, encabezando «un oleaje de naciones» que «la convertirá en roca pelada, tendadero de redes». El emporio mercantil, reducido a aldea de pescadores, los de «la maldita faena de ir arrojando a la arena, muertos, los peces del mar».

Después adelanta una elegía que entonan sus colonias o sus clientes en islas y costas del mar:

¡Cómo ha sucumbido, desbaratada por el mar,
ciudad famosísima!
Era más fuerte que el mar, ella y sus jefes,
qué terror infundían ella y sus jefes.
Ahora se estremecen las islas al derrumbarte tú,
y las costas marinas se horrorizan de tu desenlace.

El capítulo 27 es una imagen poderosa y coherente. Tiro era una roca o peña, unida en bajamar con tierra firme por una lengua transitable. Su nombre nos evoca las equivalencias de Peñón, Peñíscola y la variante fonética Toro de Menorca.

Ezequiel la contempla como bellissimo y riquísimo navío en alta mar, cargado de todos los productos. Hasta que su propia carga la hace naufragar y con ella se hundan sus mercaderes y su tripulación:

Tu riqueza, tu comercio, tus mercancías,
tu marinería y tus pilotos, tus calafateadores
y tus mercaderes y tus guerreros,
toda la tripulación de a bordo
naufragarán en el corazón del mar
el día de tu naufragio...
Ahora estás desmantelada en los mares,
en lo hondo del mar;
cargamento y tripulación
naufragaron a bordo.

Se diría que el fondo del mar es como un Seol que se traga un imperio (compárese con el destino de Egipto, según Ez 32). El delito que denuncia Ezequiel ha sido la codicia, un imperialismo comercial.

No se agota con esto la ira profética ni la inspiración poética de Ezequiel. En la primera parte del capítulo 28 (1-10) traza el profeta una trayectoria fatal del príncipe de Tiro: «con agudo talento de mercader» acumula una fortuna inmensa; en ella se ceba la soberbia, y presume de ser Dios:

¿Osarás decir: «Soy Dios» delante de tus asesinos?

En la segunda parte del capítulo (11-19), el príncipe de Tiro desempeña el papel poético del hombre primordial: domiciliado en un jardín de dioses, envanece y «trastornado por su belleza», pecador, expulsado «de la montaña de los dioses».

Es verdad que Ezequiel, con sensibilidad poética, reconoce la grandeza, el talento de la fenicia Tiro, su influjo en las colonias, las consecuencias

de su caída. Pero su penetración profética le permite descubrir una radical ambigüedad, y su sentencia es categórica. Creo que no somos tan severos nosotros al juzgar a los fenicios. Recojo una leve e inesperada metáfora de Isaías (23,7):

¿Es ésta vuestra ciudad divertida, de origen remoto,
cuyos pies la llevaban a colonias lejanas?

Ved como las naves se transforman en innumerables pies que atraviesan el Mediterráneo, que «trazan sendas por el mar».

4. Velas

Pasan los años, ciento y más, y el texto bíblico nos brinda otra contemplación marina. Es una noble matrona, encaramada en un monte a guisa de promontorio. El rayar el alba la sorprende dormida; una voz la despierta para que vea la luz. El sol bate en su corona y la convierte en faro elevado sobre la oscuridad circundante. Se levanta a contemplar. La luz que ella refleja sin pretenderlo despierta y moviliza a pueblos allá abajo. Ella mira hacia el mar: ¿qué avizora, qué divisa en la lejanía? ¿Alas blancas de palomas que vuelan en bandada hacia el palomar? No son alas, son velas de navíos que el viento llena y sacude; son navíos de gran porte, que trazan una senda única por el mar. Cargados de viajeros y de riquezas se dirigen a Jerusalén. En clave marina repite la confluencia de pueblos hacia el monte del templo (Is 2,1-5). Escuchemos algunos versos del gran poema de la luz (Is 60):

¡Levántate, brilla, que llega tu luz;
la gloria del Señor amanece sobre ti!
Mira, las tinieblas cubren la tierra,
la oscuridad los pueblos,
pero sobre ti amanecerá el Señor...
Acudirán los pueblos a tu luz,
los reyes al resplandor de tu aurora.
Echa una mirada en torno, mira:
todos éstos se han reunido, vienen a ti;
tus hijos llegan de lejos,
a tus hijas las traen en brazos.
Entonces lo verás, radiante de alegría,
tu corazón se asombrará, se ensanchará.
¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes,
como palomas al palomar?

Son navíos que acuden a mí,
 en primera línea las naves de Tarsis,
 trayendo a tus hijos de lejos
 y con ellos su plata y su oro.
 Por la fama del Señor; tu Dios,
 del Santo de Israel, que así te honra.

De los peces a las naves. El Mediterráneo curva la espalda como vía de comunicación, de convergencia ideal. No es la fuerza centrífuga de la fenicia Tiro, sino la fuerza centrípeta de una atracción espiritual. La navegación ya no es ambigua, la contemplación —peces vivos, no fugitivos— ensancha el corazón.

5. Jonás y Pablo

Aquí podría terminar; como especialista del AT. Pero algo debo decir del NT, en su conexión ideal con el Antiguo.

En una obra maestra de ficción, acompañamos a un barco que se hace a la mar; dentro de él viaja un pasajero que «huye del Señor». El océano despierta su rebeldía latente contra el rebelde escondido. Lo tiran al agua, y un cetáceo solícito lo recoge, lo aloja por tres días y lo vomita en la playa. Camino de ida y vuelta según el derrotero marcado por el Señor a Jonás.

De la ficción pasemos a una página de realismo mágico (Hch 27). Una nave zarpa de un puerto de Asia Menor. Conduce un prisionero de nombre Pablo, rumbo a Italia, con destino a Roma. La travesía marítima, con la tempestad y el naufragio, son una pieza de lucimiento del narrador. En un relato rico de datos precisos, dignos de un conocedor de la navegación de entonces (de primera o de segunda mano), se monta la aventura teológica del gran apóstol de los paganos. Como Jonás era el antiprofeta, así Pablo parece un antijonás. Los dos van a predicar a un país pagano: Jonás a la fuerza, Pablo prisionero de grado. Jonás pone en peligro a sus compañeros de navegación; Pablo los salva. Jonás duerme; Pablo vela. El océano corta la fuga de Jonás; impulsa el viaje de Pablo.

En ambos casos, el viejo elemento, el océano hostil de tantas tradiciones, se desata contra los hombres (Sal 18,5-6.16; 42,8; 69,2-3.16; 77,20; 93,2-4; 107,25-27). Esta vez los elementos parecen oponerse al viaje de Pablo, al designio de Dios, como si el Seol quisiera devorarlo, temeroso de un nuevo imperio; pero el Señor domeña el océano (Eclo 43,23) y lo pliega a sus planes. También los apóstoles habían pasado, en formato menor, por una experiencia semejante y se beneficiaron del poder de Jesús (Mc 6,47-52 par).

En un contexto realista, de dimensiones humanas, empequeñecidas por el vasto mar, Pablo es una figura sobrehumana: sabe y aconseja, prevé y predice, no desfallece y reanima, es el director de la navegación. Al gran viajero, al náufrago salvado (2 Cor 11,25) Lucas le dedica este homenaje marítimo. Los peritos podrán explicar y apurar la exactitud de su descripción.

Pero el viaje de Pablo, mediterráneo, casi doméstico, será modelo a escala reducida de otros viajes audaces, oceánicos. Naves de alto porte llevan dentro «pescadores de hombres». En poderoso movimiento centrífugo, llevarán el evangelio a países remotos, hasta los confines del orbe, para que «se alegren las islas o costas innumerables» (Sal 97,1).

Esos peces, esas naves que trazan sendas por el mar.